

Ugo Gallo

Literatura italiana moderna (*)

(Carducci y Pascoli)



ahora, no deberemos quedarnos a la cola, ni mucho menos en los segundos lugares». Era como decir: «deberéis ser los primeros». Francesco de Sanctis, historiador de Literatura Italiana, dejó en herencia estas palabras a los italianos, quienes una vez realizada la unidad nacional, deberían abordar la tarea de formarse a sí mismos.

(*) Nació en Génova el 11 de noviembre de 1905.

Se doctoró en Bellas Letras en su ciudad natal en el año 1927. Tuvo como maestros los insignes literatos e hispanistas señores Pellizzari y Restori, el filósofo Rensi y el lingüista Schiaffini, en la actualidad Académico de Italia. Como escritor, participó en la vida literaria italiana, por medio de artículos, poesías, novelas y libros.

Entre sus obras se destacan;

Sole e vento, 1929. Poesías.

Nievo. (Monografía histórico-crítica), 1932.

Estasi Calma. Poesías, 1935.

Daniel Inglese Errante. (Vita de Daniel Herbert Lawrence). Novela, 1937.

La 2.^a y 4.^a de estas obras fueron mencionadas y premiadas en Italia por la Real Academia, por las comisiones encargadas de otorgar los Premios Literarios Fracchia y Bagutta y Degli Orfini.

Ya desde 1929 hasta 1937 enseñó en Italia, en los RR Liceos Clásicos. En ese mismo año se trasladó al Perú.

Se encuentra en Chile desde el año 1939. Dicta sus clases en el Instituto Pedagógico y en los Cursos Breves de la Universidad de Chile.

Prepara para su publicación un libro de Cuentos Americanos.

Los literatos italianos, hay que reconocerlo, han hecho todo lo posible, para ser dignos de la enseñanza de Francesco de Sanctis. La evolución natural de las cosas los ha ayudado, y nuestros escritores se han mantenido fieles a las tradiciones y han afrontado valientemente los nuevos tiempos; han creado según el dictamen de su verdad interior.

Italia, después de los períodos llenos de grandezas, del «Rinnovamento» y del Romanticismo, sólo comparables a los períodos precedentes de esplendor que culminaron en el siglo XIV y en el siglo XVI, se encontró un poco desorientada. Era una nación joven, la última aparecida entre las grandes, y era y se sentía vieja y antigua, en vías de cristalización. Pero supo reaccionar, pudo realizar las palabras de uno de sus nuevos poetas, que dijo: «Italia gente de las muchas vidas».

De esta desorientación, que era conciencia de la gravedad de las tareas y de la lucha por la existencia apremiante dentro y fuera de los propios confines, la Nación nueva y antigua, experta y espontánea, dió el espectáculo de obedecer a un ciego impulso juvenil y seguir al mismo tiempo las leyes dictadas por la más meditada cautela crítica. En Italia, la crítica, como función creadora, quería decir fidelidad a la tradición clásica, y en este sentido se formó la lírica de Carducci, que tanto sirvió para robustecer los espíritus del nacionalismo italiano renaciente y despertar una más firme conciencia de los propios destinos en las nuevas generaciones.

No quiero caer en un parangón de carácter didáctico, pero creo que se puede afirmar que Giosué Carducci fué el Horacio de la Italia unificada. Y la nueva Nación se vió como fortalecida por su poderoso canto, por esa inspiración de poesía vigorosa: continuó un camino de creación. Las figuras cumbres de este período, además de Carducci, son Pascoli, d'Annunzio, Verga, Fogazzaro y Pirandello.

Sin un examen, aunque somero, de la obra de estos escritores, no se podría ni siquiera comprender la última historia de

Italia. Cinco de estos, han conquistado un renombre universal, que responde exactamente a su valor de universalidad. Dos de ellos, Carducci en 1904 y Pirandello en 1934 han obtenido el Premio Nobel de Literatura, además de Grazia Deledda que lo obtuvo en 1926.

Giosué Carducci, toscano, fué el poeta de la patria. Italia, país rico en historia, es rico también en belleza. Se ha dicho que las vicisitudes humanas, especialmente en determinados períodos, se concentraron en determinados lugares: Palestina, Egipto, Grecia, Italia, España, Francia, Austria, Alemania e Inglaterra. Italia ha estado presente, en esta carrera de los siglos, en este fluir de gentes, durante más de dos mil años.

Este antiguo país, esta tierra digna de veneración, es por sí misma, un elemento de estética, casi se puede decir, una «categoría» de ella, Carducci,—y en esto sigue a unos pocos, es decir, a Petrarca, Fóscolo y Leopardi y después de él a d'Annunzio—ha sabido dar expresión a esta «elementaridad estética» de Italia, en forma admirablemente subjetiva, condensando motivos épicos, históricos, líricos y hasta de elocuencia, justamente como han sabido hacerlo los precursores ya señalados, y como sabrá hacer también en medida más amplia el continuador d'Annunzio.

Se puede deducir, de inmediato, que el arte y la poesía carducciana proceden de un temperamento realista, que resuelve sanamente el problema cognocitivo.

Para Giosué Carducci el mundo es «real», objetivo, presente, actual y continuación de una realidad histórica viva y conocida. Del problema cognocitivo él penetra en el mundo de las imágenes, en el mundo estético. El «foco» más auténtico del alma de Carducci es Italia como expresión de una «vida propia», de una realidad objetiva histórica. Su Musa es la vida y la historia de su patria.

Sentada esta premisa, es fácil comprender su mundo estético y creador y también es fácil comprender por qué sus facul-

tades expresivas hayan tenido acceso a la forma poética, en los versos tradicionales, si bien en plena renovación de la conciencia artística, que tentando nuevos caminos, sintiendo nuevos problemas, era llevada a crear en prosa. A la orientación hacia la poesía—como forma y objeto de su arte—ha contribuido su calidad y su práctica de maestro. Antes que él, grandes poetas italianos que hubieran sido docentes en literatura no se habían tenido, con excepción de Parini y Fóscolo (éste durante un muy breve período) mientras que su contemporáneo Pascoli fué también profesor de Universidad, más aun, su sucesor en la Cátedra de Literatura Italiana en Bologna. Esto se explica con un hecho: la unidad de Italia y la necesidad natural de corroborar la conciencia de esta unidad. También Pirandello fué profesor así como De Sanctis y Vico—este último por su tendencia filosófica—dedicados a la alta misión de educadores. Y todo esto, con respecto a Carducci—poeta de la patria y educador de las jóvenes generaciones—lo hace participar en la gran tradición homérica, de un realismo fuerte y sano. No se escandalice nadie, si el autor de este artículo, tanto en lo que se refiere a Carducci como a Pascoli, habla de una categoría de poetas que encuentran la primera forma de su creación en ser educadores, digámoslo sin titubeos, en ser profesores: es decir, hombres que forman parte del gran organismo social de una manera pitagórica y platónica de constructores de las mentes y de las conciencias. Carducci enriqueció con nuevas experiencias y consolidó el conocimiento de la tradición clásica en toda la generación que, en el momento de la gran guerra mundial se encontró a ocupar el mismo puesto de responsabilidad moral del maestro, y además, el de la autoridad política civil.

Carducci, fué tan consciente de su tarea civil, que, republicano y mazziniano supo ver en la figura de la Reina Margarita de Savoya, gran mujer y gran reina, y en toda la Casa de Savoya y en la Monarquía, la mejor garantía de la unidad de Italia, la certeza de su destino ascendiente. E incorporó a

su arte un nuevo elemento, que completaba su visión histórica. El cantor de la Francia Republicana y del Medioevo germánico, de las primaveras helénicas y del alma eterna de Roma, el vate del «Risorgimento» pudo ser también el poeta de la estirpe de Savoya y del férreo y antiguo Reino de Piamonte, guerrero y político, creador de la Independencia de Italia.

Cantó a San Francisco y a los grandes poetas italianos, se lanzó contra el ascetismo cristiano y exaltó la sensualidad sencilla y natural, «pagana» de sus veinte años; las nostálgicas penumbras del atardecer y el gentil y noble culto a la Virgen; fué el Píndaro de la Italia renovada por el romántico, juvenil y revolucionario soplo del «Risorgimento». La literatura de la Italia unificada comienza con él.

A la Literatura Universal le ha dejado una nota original: su culto helénico-romano para Italia y el sentido estético de la historia.

Queriendo establecer en una definición la obra y el alma de Carducci, se puede afirmar que fué un épico-lírico, restaurador de una mentalidad pagana, clásica, en un mundo que, en su admiración incondicional por los progresos mecánicos y científicos, tendía a desfigurar la naturaleza, a perder el sentido de ella. A él le sigue Giovanni Pascoli,

Giovanni Pascoli, nacido en Romagna, viviendo como humilde maestro un poco por toda Italia y reemplazando finalmente al mismo Carducci en la Cátedra de Bolonia, continúa la tradición clásica del maestro toscano, pero la perfecciona, la espiritualiza, la lleva a un lirismo que tiene afinidad con los primeros latidos cristianos en la Roma que, para defender su civilización, no podía comprender todavía la nueva concepción de la vida y persiguió al Cristianismo.

Pascoli, permaneciendo como un eterno adolescente de melancolías profundas, subyugado por el problema del conocimiento del misterio, inclinada hacia la piedad cristiana y budista, hacia todas las criaturas y todas las cosas; y en esto es tam-

bién afín a Virgilio. Nótese que en Carducci el parangón fué con Horacio.

Pascoli es uno de los líricos máximos de todas las épocas y, en la literatura italiana comparte los laureles con Petrarca y Leopardi; lírico puro, musical y profundo, reúne en su propia atormentada sed de infinito, todos los latidos de la humanidad, se encamina por todas las vías del espíritu, partiendo como San Francisco, desde una íntima y continua comunión con la naturaleza. Su ideal humano es la hermandad universal, pero sin nebulosidad de visiones políticas regeneradoras de los principios de orden; él tiene, en cambio, el culto de la justa autoridad y del valor aristocrático de los héroes y de los genios que guían a las masas en su camino ascendente, partiendo de las estrechas comunidades nacionales hasta llegar a la más vasta universalidad.

La obra poética de Pascoli es contemporánea y afín a las grandes almas esclavas de Tolstoi y Dostoiewski, insomnes buscadores de Dios, atormentados por ideales mesiánicos.

También Pascoli ha cantado a la historia y ha hecho resucitar el mundo helénico, latino y cristiano de los primeros tiempos. Su obra es un inmenso, un cósmico manantial de temas y motivos, ofrecidos al lector con inagotable riqueza de imágenes y de percepciones, de sentimientos y pensamientos; Pascoli es un lírico que recrea el mundo a través de la pureza cristalina de su visión subjetiva, y lo que más vale, a través de la admirable técnica musical y de su arte métrica y rítmica.

Es, en verdad, un gran señor del verso, de la estrofa, de la rima, del ritmo, del sonido y de la palabra; uno de los más precisos y atentos poetas auditivos que haya existido jamás; las exquisitas melodías y las grandiosas armonías no le fueron desconocidas. Pergolesi con su dulzura, Verdi con su fuerza y prodigalidad, Rossini con su facilidad y claridad, todos están concordes con él, por el empleo musical que él ha hecho de la lengua italiana, ya tan musical en sí misma.

La perfección formal de la poesía de Pascoli—milagro nacido de la fusión del arte y de la sensibilidad refinada—es obtenida con los simples medios de un procedimiento sintáctico, sencillo y humilde, que tal vez, posee el ritmo tranquilo y descuidado de la prosa, de una prosa narrativa límpida y atenta, más de lo que pueda creerse, a una suprema claridad expresiva.

Un gran crítico italiano, Benedetto Croce, ha elogiado la obra de Carducci; ha rendido justo homenaje a la obra de d'Annunzio, ha negado valor de poesía y de grandeza a la de Pascoli. Otros escritores, entre los cuales, últimamente Valli y Cozzani, han devuelto a Pascoli un tributo de admiración, y, ¿por qué no decir la palabra pascoliana? de amor y de comprensión.

Nos ocuparemos de Giovanni Pascoli en un estudio crítico especial, en un ensayo de análisis estética, así como haremos de Gabriel d'Annunzio, el esteta, el poeta italiano multiforme afín al latino Ovidio, imaginativo y plástico,

De esta tríada de escritores nombrados en el presente artículo, Carducci es el épico, Pascoli el lírico y d'Annunzio el estético.

Con ellos, Italia, consolidada por la unificación política, ha comenzado con el ánimo tendido hacia la creación de cosas grandes, su difícil camino de trabajo y de renovación.